

La señora Longworth cruzó la galería del hotel, descendió los escalones y se perdió de vista por el camino que bordeaba la costa. Caminaba con gracia, lo que daba distinción a todos sus movimientos. Los ojos le brillaban y un rubor poco común teñía la palidez de sus mejillas. Dos hombres que se paseaban por la galería del hotel la siguieron con la mirada, llenos de admiración.

—Es hermosa —dijo uno de ellos.

—El invierno pasado circulaba un rumor acerca de la señora Longworth y Cunningham, ¿no es cierto? —preguntó el otro.

—Sí. Estaban siempre juntos, pero tal vez no hubo nada entre ellos. Ella es la hija del viejo juez Carmody. Longworth lo tenía dominado por asuntos de dinero y un buen día decidió apretarle las clavijas. Dicen que la hija de Carmody fue el precio que el viejo tuvo que pagar para saldar la deuda con Longworth. Ella era apenas una niña. Nunca olvidaré la expresión de su rostro el día de la boda. Pero debo admitir que siempre se mantuvo en un buen estado de ánimo. Si alguna vez sufrió, nunca lo demostró. No creo que Longworth la trate mal. No es de esa clase de gente. No es más que un vil sinvergüenza; eso es todo. Nadie sentiría demasiada compasión por el pobre diablo si su mujer se escapara con Cunningham.

Mientras tanto, Beatrice Longworth caminaba con paso rápido a lo largo de la calle que bordeaba la costa; su falda blanca acariciaba la hierba dorada. En una hondonada llena de sol, entre las montañas de arena, encontró a Stephen Gordon tendido en una cómoda posición en la hierba tibia con fragancias de mar. Al verla, el joven se levantó de un salto y sus grandes ojos castaños se iluminaron.

La señora Longworth le sonrió. Se habían hecho muy buenos amigos durante el verano. Él era un muchacho delgado y muy crecido para su edad. Tenía quince o dieciséis años; era extraño, tímido y soñador y casi no había tenido ningún contacto con la otra gente del hotel. Pero él y la señora Longworth habían congeniado desde un primer momento. En muchos aspectos, era muy maduro para su edad, pero en él había cierto aire juvenil que inspiraba ternura en el corazón de Beatrice.

—La estaba por ir a buscar. Tengo algo para contarle. Siéntese.

El joven habló con entusiasmo, al mismo tiempo que acariciaba con la mano fina y delgada la piedra grande y gris que estaba a su lado. Beatrice dudó un momento; quería estar a solas. Pero la mirada inteligente y bondadosa del muchacho era tan suplicante que acabó por rendirse y se sentó.

Stephen se echó contento en el césped a los pies de Beatrice. Puso el mentón entre las manos y la miró con adoración.

—Usted es muy hermosa, querida señora. Me encanta mirarla. ¿Podría inclinar el sombrero un poco más hacia el ojo izquierdo? Así. Algún día le haré un retrato.

Su tono de voz era llano y sus modales, simples.

—Cuando seas un gran artista —dijo Beatrice en un tono comprensivo.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Quiero llegar a ser un gran artista. Le conté todos mis sueños. Ahora tengo una novedad para contarle. Mañana me marcho; hoy recibí un telegrama de mi padre.

Sacó el telegrama del bolsillo y se lo mostró.

—Me voy a encontrar con él en Europa. Está en Roma. ¡Imagínese! ¡Roma! Allí continuaré estudiando arte. Me voy mañana.

—Estoy contenta y triste al mismo tiempo y sabes por qué —explicó Beatrice mientras le acariciaba el cabello castaño y despeinado—. Te extrañaré mucho, Stephen.

—Hemos sido grandes compinches, ¿no es cierto? —dijo con entusiasmo.

De pronto la expresión de su rostro cambió. Se acercó a Beatrice y bajó la cabeza hasta que sus labios casi rozaron los pliegues del vestido.

—Me alegra que haya venido hoy —continuó en voz baja y con timidez—. Quiero decirle algo y aquí me resulta más fácil. No podía irme sin darle las gracias. La voy a confundir... nunca puedo explicar lo que siento. Pero usted es tanto para mí... significa tanto para mí. Me enseñó a creer en cosas que antes no creía. Usted... ahora sé que existen mujeres capaces de hacer feliz a un hombre, simplemente porque respiran el mismo aire.

Se interrumpió; luego, siguió en voz muy baja:

—Es difícil para una persona no poder hablar de su madre, no poder decir nada bueno de ella. Mi madre no era una buena mujer. Cuando yo tenía ocho años, se escapó con

un sinvergüenza y le destrozó el corazón a mi padre. Nadie creyó que yo podía llegar a entender lo que ocurría. Era tan pequeño... pero yo entendía todo. Los oía hablar. Sabía que mi madre había traído la vergüenza y la deshonra a mi casa y... ¡yo la adoraba tanto! Luego, de algún modo, cuando crecí tuve la desgracia de que todas las mujeres que conocí fueran despreciables y deshonestas. Eran aprovechadoras, y yo sentía odio y miedo hacia ellas. Tuve una tía que, a su manera, intentaba ser buena conmigo. Pero una vez me dijo una mentira y, cuando me enteré, dejé de creer en ella. Y después estaba papá. Nos queríamos mucho y éramos buenos compañeros. Pero él tampoco creía en nadie. Estaba amargado y solía decir que todas las mujeres eran iguales. Crecí con esa idea. Nunca me interesé por nada... nada parecía tener valor. Luego vine aquí y la encontré a usted.

Volvió a interrumpirse. Beatrice lo había escuchado con una expresión gris en el semblante. Si él hubiera levantado la vista, se habría sorprendido, pero no lo hizo. Y después de un momento de silencio la voz vacilante y juvenil prosiguió:

—Me ha hecho cambiar. Yo no era más que un tonto. Usted no fue quien dio a luz mi cuerpo pero sí mi alma. Siempre la querré y la admiraré por eso. Siempre será mi ideal. Si alguna vez hago algo que valga la pena, será gracias a usted. Siempre que yo intente hacer algo, haré como si usted fuera a juzgarlo. Será mi fuente de inspiración durante toda mi vida. Ya estoy confundiéndolo todo otra vez. Nunca puedo expresar lo que siento. ¡Usted es tan pura, tan buena, tan noble! De aquí en adelante, respetaré a todas las mujeres en su nombre.

—¿Qué pasaría si —preguntó Beatrice en voz baja— yo fuese una imagen falsa de tu ideal... si hiciese algo que destruyera la fe que depositaste en mí... algo débil o bajo?

—Pero usted no podría —la interrumpió. Levantó la cabeza y la miró con sus grandes ojos feroces—. ¡No podría!

—Pero si pudiese —insistió ella con voz suave—, si pudiese, ¿qué pasaría?

—La odiaría —contestó con pasión—. Sería peor que una asesina. Mataría todos mis buenos impulsos y mi fe. No confiaría en nada ni en nadie... pero —agregó con voz más suave— usted nunca me defraudará. Estoy seguro.

—Gracias —repuso Beatrice, casi en un suspiro—. Gracias —repitió después de un momento. Se puso de pie y extendió la mano—, creo que debo marcharme ahora. Adiós, mi pequeño muchacho. Escríbeme desde Roma. Siempre querré tener noticias tuyas, estés donde estés. Y... y... siempre trataré de mantenerme fiel a tu ideal, Stephen.

El muchacho se levantó de un salto, tomó la mano de Beatrice y la llevó hasta sus labios en un gesto infantil.

—Lo sé —dijo con voz pausada—. Adiós, querida señora.

Cuando la señora Longworth volvió a su cuarto, abrió un cajón del escritorio y sacó una carta. Estaba dirigida a Maurice Cunningham. La rompió en dos, puso los pedazos de papel sobre una bandeja y encendió un fósforo. Mientras ardían los pedazos, la primera línea surgió del papel con letras rojas y marchitas: «Me iré contigo como me lo pediste». Luego, se consumió hasta quedar convertida en cenizas.

Suspiró y ocultó el rostro entre las manos.